᾽ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

CLARIVIDENCIA

(CONCLUSIÓN)

MÉTODOS DE DESARROLLO

Cuando un hombre se convence de la verdad del valioso poder de la clarividencia, su primera pregunta es generalmente: «¿Cómo podré yo desarrollar esta facultad que se dice estar latente en todos los hombres?»

Ahora bien; el hecho es que hay muchos métodos por los cuales puede desarrollarse, pero no hay más que uno que se pueda recomendar sin peligro como de uso general, y el cual mencionaremos el último de todos. Entre las naciones menos avanzadas del mundo, el estado de clarividencia ha sido producido de diversos modos, todos censurables; entre las tribus no arias de la India, por el empleo de drogas intoxicantes, ó por la aspiración de vapores estupefacientes; entre los derviches, dando vueltas en una danza alocada de fervor religioso, hasta que sobrevienen el vértigo y la insensibilidad; entre los partidarios de las prácticas abominables del culto Vudu, por espantosos sacrificios y ritos repugnantes de magia negra. Semejantes métodos no están afortunadamente en boga en nuestra propia raza; sin embargo, aun entre nosotros, un gran número

de ignorantes en este antiguo arte, adoptan un método de propia hipnotización, tal como el mirar con fijeza algún punto brillante, ó la repetición de alguna fórmula hasta que se produce un estado de semiestupefacción, al paso que otra escuela de entre ellos trata de llegar á los mismos resultados por medio del empleo de algunos sistemas indios sobre la manera de respirar.

Todos estos métodos deben ser, sin ningún género de duda, condenados como muy peligrosos para la práctica de cualquier hombre ordinario que no tiene idea de lo que hace, sino que simplemente pone por obra experiencias vagas en un mundo que le es por completo desconocido. Hasta el método de obtener la clarividencia, haciéndose magnetizar por otra persona, no tiene nada de recomendable y debe huirse de él; y seguramente jamás debe ser intentado, excepto bajo condiciones de confianza absoluta y de afecto entre el magnetizador y el magnetizado; y un grado de pureza de alma y corazón, de mente y de intención, tales como generalmente no se ven nunca sino entre los santos más grandes.

Los experimentos relacionados con el sueño magnético son del mayor interés, pues ofrecen al escéptico (entre otras cosas) una posibilidad de comprobar el hecho de la clarividencia; sin embargo, excepto bajo las condiciones que acabo de mencionar, condiciones que desde luego admito que son casi imposibles de encontrar, nunca aconsejaría á nadie que se sujete á tales experiencias.

El magnetismo curativo (por medio del cual, sin dormir en modo alguno al paciente, se intente aliviarle, ó curarle, ó comunicarle vitalidad con los pases magnéticos), es una cosa muy distinta; y si el magnetizador, aunque sea completamente inexperto, está saludable y animado de intenciones puras, ningún perjuicio resultará para el sujeto. En los casos extremos como el de una operación quirúrgica, puede un hombre razonablemente someterse aún al sueño magnético; pero no es, en verdad, un estado que deba experimentarse sin necesidad. Por mi parte, aconsejaría del modo más terminante á toda persona que me hiciera el honor de consultarme sobre el asunto, que no intentase ninguna clase de investigación experimental, en lo que es todavía para ella el campo de las fuerzas anormales de la naturaleza, antes que, en primer término, se haya enterado bien de todo lo que se ha escrito sobre el asunto, ó lo que sería con mucho lo mejor de todo, hasta obtener la dirección de un maestro competente.

Pero se dirá, ¿dónde encontrar ese maestro competente? Seguramente, no entre los que se anuncian como tales maestros, que ofrecen comunicar, mediante unas guineas ó duros, los misterios sagrados de las edades, ó que tienen «círculos para desarrollar», en los cuales se admiten los solicitantes á tanto por cabeza.

Mucho se ha dicho en este tratado acerca de la necesidad de una educación cuidadosa — de la ventaja inmensa del clarividente experto sobre el inexperto — pero esto nos vuelve otra vez á la misma pregunta: ¿dónde puede obtenerse tal educación definida?

La respuesta es que esta educación puede obtenerse precisamente donde siempre se ha obtenido desde que principió la historia del mundo, de la Gran Fraternidad Blanca de Adeptos, que se halla actualmente, como siempre se ha hallado, á espaldas de la evolución humana, guiándola y auxiliándola bajo el régimen de las grandes leyes cósmicas que representan para nosotros la Voluntad de lo Eterno.

Pero puede preguntársenos: ¿cómo se llega hasta ellos? ¿Cómo puede el aspirante, sediento de conocimiento, significarles su deseo de instrucción?

De nuevo contestamos: tan sólo por los métodos honrados por el tiempo. No existe ninguna forma nueva por medio de la cual pueda un hombre hacerse apto sin trabajo, para convertirse en un discípulo de esta escuela, ningún camino real que conduzca al conocimiento que allí puede adquirirse. Hoy en día, lo mismo que en la más remota antigüedad, el hombre que desee llamar la atención, tiene que entrar en la senda lenta y trabajosa del propio desarrollo; tiene que aprender, en primer término, á tratarse á sí mismo y hacerse todo lo que debe ser. Los pasos de este sendero no son un secreto, y han sido presentados tan á menudo en los libros teosóficos, que no los repetiré aquí. Pero no es ningún camino fácil de seguir, y sin embargo, más tarde ó más temprano todos tienen que andarlo, pues la gran ley de la evolución arrastra á la humanidad, lenta pero irresistiblemente, á su meta.

De entre aquellos que se agolpan en este tendero, escogen los Maestros sus discípulos, y solamente haciéndose apto para ser enseñado, es como el hombre puede conseguir la enseñanza. Sin esta aptitud, el ingresar en cualquier Logia ó Sociedad, ya sea secreta ó de otro modo, no le hará avanzar lo más mínimo en su propósito. Es verdad, como todos sabemos, que por iniciativa de algunos de estos Maestros fué fundada nues-

tra Sociedad Teosófica, y que de sus filas han sido escogidos algunos para entrar en relación más estrecha con ellos. Pero esta elección depende del esfuerzo del candidato, no del mero hecho de pertenecer á la Sociedad ó á algún cuerpo dentro de la misma.

Este es, pues, el único modo absolutamente seguro de desarrollar la clarividencia: entrar con toda energía en el sendero de la evolución moral y mental, en uno de cuyos grados esta facultad, así como otras más elevadas, se empezarán á mostrar espontáneamente. Hay, sin embargo, un ejercicio que es aconsejado por todas las religiones igualmente, el cual, si se adopta cuidadosa y reverentemente, no puede hacer daño á ningún ser humano, y por el cual suele desarrollarse un tipo muy puro de clarividencia; este ejercicio es el de la meditación.

Que una persona escoja cierto tiempo diario determinado en que tenga la seguridad de permanecer tranquilo y sin ser molestado, siendo preferible que sea durante el día más bien que por la noche, y dedicarse en tales momentos á mantener su mente durante algunos minutos, completamente libre de todo pensamiento terrestre de cualquier clase que sea, y cuando lo haya conseguido, dirigir toda la fuerza de su ser hacia el ideal espiritual más elevado que conozca. Verá que el obtener semejante perfecto dominio del pensamiento, es inmensamente más difícil que lo que supone, pero una vez alcanzado, verá también que por todos conceptos le es grandemente beneficioso, y á medida que va adquiriendo mayor dominio para elevar y concentrar su pensamiento, gradualmente encontrará que nuevos mundos se abren ante su vista.

Después de todo, sin embargo, si los que ansiosamente desean la clarividencia pudieran poseerla temporalmente durante un día, ó tan siquiera una hora, es muy dudoso que tratasen de retener el dón. Es cierto que ante ellos se abren nuevos mundos de estudio, nuevas facultades para ser útiles, y por esta última razón la mayor parte de nosotros creemos que vale la pena; pero hay que tener presente que para uno cuyo deber todavía le obliga á vivir en el mundo, no es, en modo alguno, una dicha sin mezcla. Sobre el que obtiene esta visión pesa, como un peso siempre presente, el dolor y la desgracia, el mal y la codicia del mundo, hasta el punto que en los primeros pasos de su conocimiento siéntese á menudo inclinado á ser el eco de la abjuración apasionada que contienen estos flúidos versos de Schiller:

Dein Orakel zu verkünden, warum warfest du mich hin
Yn die Stadt der ewig Blinden, mit dem aufgeschloss'nen Sinn?
Frommt's, den Schleier aufzuheben, wo das nahe Schreckniss droth?
Nur der Yrrthum ist das Leben; diesses Wissen ist der Tod.
Nimm, O nimm die traur'ge Klarheit mir, vom Aug'den blut'gen Schein!
Schrecklich ist es deiner Wahrheit sterbliches Gefäss zu seyn;

Los cuales pueden, quizá, traducirse:

¿Por qué para proclamar tu oráculo me has lanzado
en la ciudad de los eternos ciegos con el sentido abierto?
Vale levantar el velo donde amenaza el peligro cercano?
Sólo la ignorancia es vida; este conocimiento es la muerte.
Quítame, ¡oh! quítame esta triste clarividencia, aparta de mis ojos la visión sangrienta.
Es horrible ser el vehículo mortal de tu verdad.

Y más adelante exclama también: «Devuélveme mi ceguera, la dichosa obscuridad de mis sentidos; quítame tu espantoso dón.»

Pero esto es, por supuesto, un sentimiento que pasa, pues la vista superior pronto muestra al discípulo algo más allá del deber; pronto penetra en su alma la abrumadora certeza que cualesquiera que sean las apariencias aquí abajo, todas las cosas, sin ningún género de duda, trabajan juntas por el bien eventual de todo. Reflexiona que el pecado y el sufrimiento están allí, ya los pueda él percibir ó no, y que cuando puede verlos se encuentra, después de todo, en mejores condiciones para prestar auxilio eficaz que si trabajara en las tinieblas, y de este modo aprende á soportar su parte del pesado Karma del mundo.

Hay algunos mortales descarriados, que teniendo la suerte de poseer una parte de esta facultad superior, están, sin embargo, tan absolutamente destituídos de todo sentimiento elevado en relación con tal poder, que lo usan con los fines más sórdidos, hasta el punto de anunciarse como «clarividentes probados para negocios». Inútil es decir que semejante uso de esta facultad es una mera prostitución y degradación de la misma, que demuestra que su desgraciado poseedor la ha obtenido de algún modo, antes que el lado moral de su naturaleza se hubiese desarrollado lo suficiente para soportar la prueba que impone. La percepción del mal Karma que semejante conducta muy pronto genera, cambia la repugnancia en compasión por el desgraciado perpetrador de tal sacrílega imprudencia.

Se objeta á veces que la posesión de la clarividencia anula todo lo re-

servado, y confiere un poder sin límites para explorar los secretos de los demás. No hay duda que efectivamente confiere semejante *poder;* pero, sin embargo, tal idea resulta algún tanto ridícula para cualquiera que conozca prácticamente el asunto. Semejante objeción es posible que sea muy fundada con respecto á los muy limitados poderes de los «clarividentes probados para negocios»; pero la persona que la refiere á aquellos que han adquirido la facultad en el curso de su instrucción, y que, por consiguiente, la poseen por completo, olvida tres hechos fundamentales: primero, que es de todo punto inconcebible que una persona que tenga abiertos ante sí los espléndidos campos de investigación que la verdadera clarividencia presenta, pueda tener jamás el menor deseo de espiar los vanos secretillos de cualquier individuo; segundo, que si por alguna improbable casualidad nuestro clarividente *tuviese* semejante despreciable curiosidad por tales menudencias, existe, después de todo, lo que se llama el honor del caballero, que lo mismo en aquel plano que en éste, le impediría, por supuesto, hasta la idea momentánea de aprovecharse de ello bajo ningún concepto; y tercero, que en caso de la posibilidad sin precedente de que hubiese alguna variedad excepcional de una clase inferior de pitris, para quien semejantes consideraciones no tuvieran peso alguno, hay que tener en cuenta que á todos los discípulos, así que principian á mostrar señales del desarrollo de esta facultad, se le comunican terminantes instrucciones que restringen su uso.

Para decirlo de una vez, estas restricciones son que no se debe espiar á los demás, que no se puede usar este poder en ningún sentido egoísta, ni debe hacerse ostentación alguna de fenómenos; ó lo que es lo mismo, que las mismas consideraciones que sirven de norma de conducta á cualquier persona digna en el plano físico, se espera que las tenga también en el plano astral y en el devachánico; que el discípulo no debe, en ningún concepto, usar los poderes que sus mayores conocimientos le confieren, en beneficio propio mundano, ó en nada que se relacione con ganancia, y que nunca debe prestarse á lo que se llama en los círculos espiritistas «pruebas», esto es, á hacer algo que pruebe de manera evidente á los escépticos del plano físico, que posee lo que para ellos aparecería como un poder anormal.

Respecto de esta última prohibición, la gente dice á menudo ¿y por qué no? ¡Sería tan fácil refutar á los escépticos y convencerlos en beneficio suyo! Tales críticos no tienen en cuenta que, en primer lugar, ningu-

no de los que saben algo, *desean* refutar ni convencer escépticos, ni les importa un ardite su actitud en ningún sentido; y en segundo, que no comprenden cuánto mejor es para el escéptico el llegar gradualmente á una apreciación intelectual de los hechos de la naturaleza, en lugar de que le sean repentinamente impuestos, como si dijéramos, por un golpe de maza. Pero este asunto ha sido perfectamente tratado hace muchos años en el *Occult World*, de Mr. Sinnett, y no es necesario repetir aquí los argumentos aducidos entonces.

Para algunos de nuestros amigos es muy difícil penetrarse de que la necia chismografía y la vana curiosidad, que tan por completo ocupa la vida de la poco inteligente mayoría en la tierra, no preocupa en lo más mínimo la vida más real del discípulo; y así, algunas veces preguntan si aun sin ningún deseo especial de ver, no puede un clarividente observar casualmente algún secreto que otra persona tratase de ocultar, del mismo modo que la mirada de uno puede por casualidad fijarse en una sentencia de una carta de otro que se hallase sobre una mesa. Por supuesto, que esto puede suceder, pero y si sucede ¿qué? El hombre de honor apartaría la vista tanto en un caso como en otro, y sería como si nada hubiese visto. Si los objetantes se penetrasen del hecho de que á ningún discípulo *le importan* los asuntos de otro, excepto en el caso de que trate de serle útil, y que siempre tiene un mundo de ocupaciones propias á que atender, no estarían tan lejos de comprender las circunstancias de la vida más amplia del clarividente ejercitado.

Aun por lo poco que he dicho respecto de las restricciones impuestas al discípulo, es evidente que en muchos casos sabrá bastante más de lo que está en libertad de decir. Esto, por supuesto, es también verdad, en un sentido de mucho más alcance, en lo que concierne á los mismos Maestros de Sabiduría, y esta es la razón por qué los que tienen el privigio de hallarse alguna vez en su presencia, oyen con el mayor respeto sus menores palabras, hasta en los asuntos que en nada se relacionan con la enseñanza directa; pues la opinión de un Maestro, y hasta la de uno de sus discípulos superiores, sobre cualquier asunto, es la de un hombre cuyas posibilidades de juzgar con exactitud están fuera de toda proporción comparadas con las nuestras

Su situación así como sus superiores facultades, son, en realidad, la herencia de toda la humanidad; y por muy lejos que ahora nos encontremos de esos grandiosos poderes, no por eso es menos cierto que serán

nuestros un día. ¡Pero qué diferencia entre el mundo actual y aquel en que la humanidad entera posea la clarividencia superior! Piénsese qué diferente será la historia cuando todos puedan leer sus anales; la ciencia, cuando todos los procesos, acerca de los cuales los hombres sólo pueden emitir teorías, puedan observarse en todo su curso; la medicina, cuando tanto el doctor como el paciente puedan ver clara y exactamente lo que hay que hacer; la filosofía, cuando ya no exista la posibilidad de la discusión acerca de sus bases, porque todos igualmente podrán ver un aspecto más superior de la verdad; el trabajo, cuando toda ocupación será dicha, porque cada hombre será dedicado á aquello que pueda ejecutar mejor; la educación, cuando la mente y el corazón de los niños sean libro abierto para el maestro que trate de formar sus caracteres; la religión, cuando ya no sea posible disputar sobre sus principales dogmas, toda vez que la verdad acerca de los estados después de la muerte, y la Gran Ley que gobierna el mundo, serán patentes para todos. Sobre todo, ¡cuánto más fácil será para los hombres evolucionados ayudarse mutuamente bajo unas condiciones mucho más ámplias! Las posibilidades que se presentan á la mente, son como vistas gloriosas que se extienden en todas direcciones, de manera que nuestra séptima ronda será talmente una verdadera edad de oro. Bueno es que estas grandiosas facultades no serán poseídas por toda la humanidad hasta que haya alcanzado un nivel muy superior, tanto en moralidad como en sabiduría, porque de otra manera se repetiría, en condiciones aún peores, la terrible caída de la gran civilización atlante, cuyos individuos no supieron comprender que á un mayor poder corresponde una responsabilidad mayor. Sin embargo, nosotros mismos hemos estado, por la mayor parte, entre esos mismos hombres; esperemos que aquella caída nos haya servido de provechosa enseñanza, y que cuando de nuevo se abran ante nosotros las posibilidades de la vida más ámplia, soportaremos la prueba mejor.

C. W. LEADBEATER.



LA CIENCIA PRECRISTIANA

(CONCLUSIÓN)

La representación gráfica de la evolución puede hacerse también colocando en una línea horizontal una serie de alfabetos ó de letras, símbolos de la serie de formas hermafroditas que constituyen el eje principal de la evolución, que, principiando en el punto inextenso, termina en el poliedro núcleo del feto humano, teniendo por jalones intermedios el triángulo, el tetraedro, el betatetraedo, la década, la gran tetractys y otras desconocidas formas, y por líneas verticales las parejas de formas conjugadas (machos y hembras) que en número infinito se derivan de cada forma hermafrodita.

Cada par de líneas verticales constituye un eje secundario de la evolución.

De modo que si llamamos h, h^1, h^2... las formas hermafroditas del eje principal de la evolución, y m, m', m''... las formas masculinas, y f, f', f''... las formas femeninas de cada eje secundario, la evolución estará representada por esta especie de tabla pitagórica:

Eje principal de	h......			.....h^1.....			.....h^2.....			la evolución.
	m	Primer eje secundario.	f	m'	Segundo eje secundario.	f'	m''	Tercer eje secundario.	f''	
	m_1		f_1	m_1'		f_1'	m_1''		f_1''	
	m_2		f_2	m_2'		f_2'	m_2''		f_2''	

Por consiguiente, el procedimiento más acertado para estudiar las formas todas del universo, consiste en hacerse cargo de lo que es el eje principal de la evolución, y en estudiar sucesivamente con la mayor profundidad posible cada uno de los ejes secundarios de la evolución.

Por ejemplo, si la primera forma que encontramos en el proceso geométrico de la evolución es *el punto inextenso*, que llamaremos h, principiemos por estudiar lo que hay dentro del punto, esto es, el mundo inextenso, los números, las matemáticas puras, independientes del tiempo y del espacio, cuyas formas todas, lo mismo las que conocemos como las desconocidas serán series de formas conjugadas, ó masculinas y femeninas:

Sumar	y	restar.
Multiplicar	y	dividir.
Elevar á potencias	y	extraer raíces.
Integrar	y	diferenciar.
.	.	.
.	.	.
.	.	.
.	.	.
.	.	.

Consideramos, pues, á la ciencia matemática, á la filosofía y á la teología como partes ó capítulos de la geometría del punto.

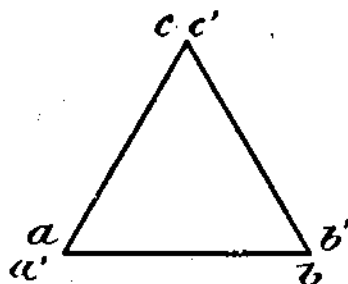
De la geometría del punto, ó sea, del eje secundario, que contiene todas las parejas de formas matemáticas, cuyos últimos términos son las especulaciones matemáticas más transcendentales, á saber, las metafísicas y teológicas, pasemos á la geometría de la línea, á la geometría que se deriva de la combinación de dos puntos, á la geometría de la forma h^1, á la geometría de Euclides.

De la combinación de dos líneas resulta el triángulo equilátero, y de la geometría de la línea se deriva la geometría del triángulo.

Sean dos rectas iguales $\overset{a}{_{a'}}$ ———————— $\overset{b}{_{b'}}$ cuyos extremos coinciden. Si hacemos girar la recta $a'\ b'$ alrededor del punto $\overset{b}{_{b'}}$ permaneciendo fija la recta $a\ b$, el punto a' llegará con relación á la recta $a\ b$ á una posición única (la unidad pitagórica) en que equidistando de los puntos a y b engendra el triángulo equilátero: la forma h^2.

Del propio modo, del triángulo (poliedro de tres aristas) se deriva el tetraedro, la forma h^3, y de la geometría del triángulo se deriva la geometría del tetraedro.

Sean dos triángulos equiláteros iguales a *b c* y a' *b' c'*, cuyos vértices coincidan,



si hacemos girar el triángulo a' *b' c'* alrededor de la línea $^{a}_{a'}$ ———————— $^{b}_{b'}$ permaneciendo fijo el triángulo a *b c*, el punto *c'* llegará á una posición única (la unidad pitagórica) en que equidistando de los puntos a, *b* y *c*, engendra el tetraedro regular, la forma h^3.

Las series matemáticas parciales de los ejes secundarios de la evolución se corresponden término á término, de suerte que cada uno puede ser considerado como el embrión del término correspondiente del eje secundario siguiente.

Las formas matemáticas de la geometría del punto son embriones ó semillas de las de la geometría de la línea, y éstas á su vez embriones de las formas derivadas de la geometría del triángulo, las cuales á su vez constituyen la embriogenia de las formas derivadas del tetraedro, de la propia suerte que el tetraedro contiene potencialmente la embriogenia de todas las formas de la naturaleza.

Las siguientes formas hermafroditas del eje principal de la evolución son todas combinaciones, por copulación, del tetraedro regular. Las que yo conozco, expresadas con sus antiguos nombres griegos y con los míos son:

h^3	h^4	h^5	h^6
la TETRADA	la OGDOADA	la SANTA DÉCADA	la GRAN TETRACTYS
el tetraedro	el betatetraedro	el doble pentatetraedro	
1 tetraedro.	***2 tetraedros.***	***10 tetraedros.***	***40 tetraedros.***

Estudiemos sucesivamente estas formas.

La forma h^3 constituye un campo de estudios vastísimo é inexplorado; la geometría del tetraedro muchísimo más importante que la geometría del triángulo.

Al examinar el eje secundario derivado de la forma h^4, debemos principiar por decir que la sexualidad consiste en que al copular ó combinar

dos ó más poliedros de modo que sus centros coincidan y algunas de sus aristas ó todas se corten perpendicularmente, aparecen, surgen ó se crean dos formas nuevas: un poliedro envolvente ó macho por la unión de los vértices de las formas poliédricas copuladas, y un poliedro envuelto ó hembra por la unión de los nuevos vértices que resultan del cruzamiento ó copulación parcial de los planos.

Los dos poliedros envolvente y envuelto son *límites* de la combinación.

El cubo es el poliedro envolvente ó macho de la copulación de dos tetraedros, y el octaedro el poliedro envuelto ó femenino. Copulando el cubo y el octaedro aparece una nueva pareja de poliedros conjugados, envolvente y envuelto; y copulando esta pareja aparece otra, y de ésta nace otra, y así sucesiva é indefinidamente hasta el hombre, y después al hombre-genio, al hombre-santo y al hombre artista.

h^4

	Copulación de dos tetraedros.	
Cubo. 12 aristas. 8 vértices. 6 caras.		Octaedro. 12 aristas. 8 caras. 6 vértices.
	Copulación del cubo y del octaedro.	
Dodecaedro romboidal. 24 aristas. 14 vértices. 12 caras.		Poliedro de 6 caras cuadradas y 8 triangulares. 24 aristas. 14 caras 12 vértices.
	Copulación del dodecaedro y de su hembra ó poliedro conjugado.	
Poliedro de 24 cuadriláteros iguales. 48 aristas. 26 vértices. 24 caras.		Poliedro formado por 6 cuadrados, 8 triángulos y 12 rectángulos. 48 aristas. 26 caras. 24 vértices.
	etc., etc.	

Las primeras reglas para deducir del tetraedro todas las formas de la naturaleza son sencillísimas, después de conocidas, por supuesto.

1.ª Los puntos medios de las aristas ***(las costillas de Adán en la Biblia)*****, de una forma cualquiera engendran la forma femenina, inmediatamente superior, ó sea la que resultaría de copular la forma de que se trate con su conjugada.**

Así del tetraedro (6 *aristas)* nace el octaedro; y del cubo ó del octaedro (12 *aristas)* nace el poliedro conjugado del dodecaedro romboidal (24 *aristas)*; y de cualquiera de estos dos últimos poliedros el tercer poliedro femenino, de 48 aristas, y así sucesivamente.

2.ª La serie de las formas masculinas se deriva del tetraedro, pasando un plano por cada arista y moviendo estos planos convenientemente de un modo más fácil de ver que de explicar en cada caso.

Así, seis planos, moviéndose alrededor de las seis aristas del tetraedro llegan á una posición en que engendran el cubo transformando las aristas en caras.

Así también 12 planos moviéndose alrededor de las 12 aristas del cubo transforman éstas en las 12 caras romboidales del dodecaedro romboidal, y en otra posición distinta engendran las 12 caras pentagonales del dodecaedro llamado regular. Del propio modo se engendran ó deducen unas de otras todas las formas masculinas.

3.ª Una vez conocida una forma cualquiera de una serie, se deduce su conjugada marcando los centros de figura de sus caras y uniéndolos entre sí, ó también pasando por cada vértice un plano perpendicular á la línea que le una con el centro del poliedro.

Así del cubo sale el octaedro y de éste el cubo; así del dodecaedro romboidal sale el poliedro compuesto de 6 cuadrados y 8 triángulos, y de este poliedro sale el dodecaedro romboidal; y lo mismo acontece con las demás formas de este eje secundario de la evolución y con las de los ejes secundarios siguientes. Así del dodecaedro sale el icosaedro y recíprocamente; y de cualquiera de ellos sale por la unión de los puntos medios de las aristas el poliedro de 12 caras pentagonales y 20 triangulares conjugado del tricontaedro.

4.ª El carácter geométrico de una forma hermafrodita consiste en que

uniendo los centros de sus caras si es poliedro, ó los puntos medios de sus lados si es polígono, se reproduce indefinidamente la misma forma variando sólo su tamaño.

El tetraedro contiene, pues, en potencia á todas las formas que de él geométricamente se derivan, y cada forma á su vez contiene en acto á las anteriores y en potencia á las posteriores.

Por lo tanto la expresión analítica del tetraedro, si acertásemos á formularla con exactitud y por completo, será un término de la serie de Wronski, y de él deduciremos la serie matemática de la evolución de todas las formas, la ecuación de la creación del universo.

5.ª Para pasar de un eje secundario de la evolución á otro, es preciso efectuar la copulación de cada forma consigo misma un número determinado de veces.

Multiplicando las formas del primer eje h^4 por 5, resultan las formas del eje h^5; y multiplicando por 4 las formas del eje h^5 aparecen las formas del eje h^6.

Es decir, que multiplicando la forma h^4 por 5 resulta la forma h^5, y multiplicando h^5 por 4 resulta la forma h^6, bien entendido que empleamos la palabra multiplicar á falta de otra más adecuada, para significar que copulando cinco formas h^4, llámense ogdoadas ó betatetraedros resulta la forma h^5, la santa década de los pitagóricos que yo he llamado doble pentatetraedro.

h^5

	La santa década copulación de 10 tetraedros.. 10×1 ó de 5 betatetraedros.......... 5×2 ó de un pentatetraedro dextrorsum con otro sinistrorsum........ 2×5	
Dodecaedro.		**Icosaedro.**
30 aristas. 20 vértices. 12 caras.		30 aristas. 20 caras. 12 vértices.

	Copulación del dodecaedro y del icosaedro.	
Tricontaedro romboidal cuyas caras tienen por diagonales el lado del pentágono y su diagonal. 60 aristas. 32 vértices. 30 caras.		Poliedro de 12 caras pentagonales y 20 triangulares. 60 aristas. 32 caras. 30 vértices.
	Copulación del tricontaedro y de su hembra ó poliedro conjugado.	
Poliedro de 60 cruces que llamo así, porque las dos diagonales de cada una de sus caras cuadrangulares dibujan una cruz. 120 aristas, 60 de una longitud y 60 de otra. 62 vértices. 60 caras.		Poliedro de aristas iguales formando 12 caras pentagonales, 20 triangulares y 30 cuadradas. 120 aristas. 62 caras. 60 vértices.
	etc., etc., etc.	

Infiérese de esto que la duplicación del número de aristas y la suma de vértices y de caras, es un fenómeno geométrico constante al engendrar una pareja de formas padres la pareja de formas hijos siguiente.

En las sucesivas copulaciones y consiguiente aparición de nuevas parejas de poliedros conjugados, se irá acentuando la desigualdad de las aristas en las formas envolventes de la copulación ó masculinas, y la desigualdad de las caras en las formas femeninas, en cuyo fenómeno geométrico tiene su razón el que las formas de la mujer sean más redondeadas ó menos angulosas que las del hombre.

Copulando 4 formas h^5, es decir, 4 décadas, ó sea 4 dodecaedros, puesto que el dodecaedro es el poliedro envolvente de la década, resulta la forma h^6, la gran tetractys.

El eje secundario de la evolución derivado de la gran tetractys y los sucesivos hasta aquel en que aparezca la forma humana, son materia reservada para los grandes geómetras del porvenir; pero estos primeros

jalones con que yo trazo vigorosamente el camino de la evolución son inconmovibles. Yerra quien se aparte de este único camino de la verdad. Magister dixit.

Obtenidas por el procedimiento copulatorio la serie matemática de las formas del eje principal de la evolución, y las series matemáticas derivadas de cada una de ellas, y que hemos colocado en los ejes secundarios, conocemos ya y podemos seguir conociendo por el estudio, las semillas, embriones, fetos, núcleos ó fundamentos de todas las formas de la naturaleza.

Los términos correspondientes á estos poliedros arquimédicos (porque en este sentido evolucionista trabajaba, sin duda, Arquímedes) en la serie matemática del punto inextenso, esto es, de las formas matemáticas puras ó inextensas, son las razones seminales en virtud de las cuales todas las formas de la naturaleza existen, son los arquetipos escolásticos.

El desarrollo y crecimiento de estos poliedros — núcleos, semillas, embriones ó fetos — se verifica por otro procedimiento combinatorio, por el de adosamiento, por yustaposición, que he descrito en mis obras anteriores. (Véanse *Génesis* y *Contribución al origen poliédrico de las especies*).

La fecundidad de este procedimiento es asombrosa; la multitud de nuevas formas que aparecen, desde los primeros experimentos geométricos es tal, que inmediatamente surge y se arraiga en nuestro ánimo la convicción profundísima de que éste y no otro es el procedimiento arquitectónico de las infinitas construcciones de la naturaleza, mediante el cual todo núcleo de cristalización, llámese feto, embrión, semilla ó cristal, crece y se desarrolla y vive.

Quien quiera convencerse de ello dibuje la plantilla de cualquiera de los poliedros derivados del tetraedro; imprima ó litografíe en cartulina delgada unos cuantos millares; construya los correspondientes poliedros, valiéndose para adherir unas á otras las caras, de *seccotine* ú otra substancia análoga; hecho esto, tomando un poliedro como núcleo, péguense á él hasta la saturación geométrica (*que es la razón de la saturación química*), tantos como sea posible, coincidiendo los vértices de caras iguales, y ejecútense todas las combinaciones que yo he descrito y las que descubra el ingenio de cada experimentador.

Así llegaremos á ver y palpar las formas de los cuerpos simples y de sus combinaciones; y entonces la química, la historia natural, la medicina, la biología serán desarrollos de la geometría, capítulos ó ramas de

de esta ciencia que á su vez es resultado de la evolución de las matemáticas puras, de la aritmética, de *los números* pitagóricos que, de esta suerte, rigen y gobiernan el mundo.

Conocidas que sean la serie analítica y la serie geométrica de la evolución, será llegado el momento de empezar á estudiar la serie mecánica de la evolución, la serie de la fuerza, y en esta serie como en las otras, se verá que las manifestaciones de la fuerza vienen por parejas derivadas de una combinación hermafrodita de fuerzas; que las primeras parejas de fuerzas ó formas conjugadas, complementarias, reversibles, en definitiva, macho y hembra, son la pareja calor y luz, correspondiente á la pareja geométrica, cubo y octaedro; y la pareja mecánica, electricidad y magnetismo correspondiente á la pareja geométrica dodecaedro é icosadro, de la propia suerte que las pasiones de la pareja mecánica hombre y mujer corresponden á la pareja geométrica espermatozoo y óvulo.

Al exponer mis propias ideas, creo haber descifrado y adivinado las doctrinas secretas de los pitagóricos y las del incompleto libro de las transformaciones, de los filósofos chinos, la teoría grandiosa del proceso aritmético, geométrico y mecánico de la evolución, que palpita y se muestra parcialmente en las ideas de varios filósofos griegos, en las obras de Platón y de Euclides, en los trabajos de Arquímedes, en las tradiciones pitagóricas más ó menos alteradas y seguidas en parte por el cristianismo y por los gnósticos, alquimistas, astrólogos, masones y kabalistas, y en nuestro tiempo por los teosofistas.

Si bien que la gloria del redescubrimiento de estas verdades será grande, mas yo no la veré.

No se me oculta que serán extraordinarios en cantidad y en calidad los frutos que obtendrán las ciencias y las artes de estos trabajos; pero yo no puedo proseguirlos en el medio ambiente, hostil ó indiferente que me rodea; y al poner fin á mis esfuerzos, rindo público testimonio de mi inmensa gratitud á cuantos los han estimulado, protegido y alentado: al talento colosal de Annie Besant; á la ciencia profunda de Mead de Leadbeater y de Glass; al agudísimo ingenio de Treviño; al talento y á la inagotable amabilidad de Xifré, de Melián, de Díaz Pérez y de sus amigos.

Concluyo como empecé: con amor intenso, purísimo y desinteresado por la verdad y por la ciencia.

Arturo SORIA Y MATA.

El lugar de la política en la vida de las naciones.

(CONTINUACIÓN)

Luego de la esfera del pensamiento desciende una gran idea á la esfera de la discusión; ya no pertenece tan sólo á la mente del pensador, no se halla solamente en el Ashram del Sabio, sino que es enseñada por hombres menos grandes á las multitudes, hasta que el pensamiento del pensador se hace popular entre las mentes de los hombres. Pasa del estado de pensamiento al estado de la discusión; pasa del cerebro del pensador á los los labios del instructor; y el instructor, reuniendo masas de gente, emplea todas sus facultades cerebrales, toda la habilidad de su imaginación, toda su elocuencia sugestiva para popularizar entre las masas el pensamiento que nació en el cerebro del pensador, y que su trabajo hará conocer á las mentes de los hombres. De este modo, el instructor hace popular la gran idea, hasta que principia á influir la mente de los hombres en general. De suerte, que aquí tenemos en primer término al pensador y luego al instructor, representando los tipos de los dos grandes estados, el del pensamiento y el de la discusión, que tienen que realizarse antes de llegar á la acción. Luego viene el tercer estado, la acción. El pensamiento que los hombres han recogido de los labios del instructor tiene que ser traído á la vida común de los hombres, para hacer á ésta mejor de lo que antes era. El principio tiene que aplicarse á la práctica. El gran pensamiento ha de convertirse en pan para el hambriento y en agua para el sediento, en abrigo para el desamparado y en defensa para el oprimido. Esta es la obra del político, esta es la obra del actor. Él aplica á la práctica lo que el pensador ha pensado, lo que el instructor ha enseñado, y lo trae á la vida activa del hombre, haciendo la suerte común más feliz y mejor, aplicando á la vida diaria ordinaria los grandes pensamientos y las enseñanzas precedentes. Así, pues, comprenderéis que estos tres estados del pensamiento necesitan tres tipos de hombres para llevarlos á efecto. De los tres, el más grande es aquel que piensa. El segundo

es el que enseña, y luego viene el actor, el que aplica el pensamiento á la vida. Hay una teoría de la vida, familiar en Occidente, conocida cómo Socialismo. Hace muchos cientos de años estas ideas de fraternidad humana y de la afirmación de los deberes del hombre, eran enseñadas por grandes pensadores, tales como Platón en Occidente, quienes eran considerados como soñadores, como autores de utopias, porque el pensamiento era demasiado grande para su generación y su concepto demasiado poderoso para la gente que primero lo oyó. Luego vino una época, cientos y cientos de años, más aún, miles de años después, en que muchos se lo apropiarón, y entonces de labio en labio, de tribuna en tribuna, de pluma en pluma, extendióse la enseñanza de la fraternidad humana y del deber del hombre para con el hombre, hasta que finalmente llegó á influir de tal modo en la mente popular, llegó tan hondo en la conciencia del pueblo, que se abrió camino en el parlamento inglés; y el mismo Sir William Harcourt — es probable que no conozcáis este nombre, pero si le conociérais, sabríais que jamás sostiene ideales imposibles, ideales que no pertenezcan á la fantasía popular, — Sir W. Harcourt usó una expresión extraña: «Todos somos socialistas.» No significaba mucho, significaba solamente que el principio de acción que era político adoptar, era el que tenía por objeto el bien de todos y no la utilidad de una clase. No quiso expresar otra cosa en esta frase, dicha ligeramente, pero señalaba el estado de la acción. Esta sucesión de estados os hará comprender lo que quiero significar. Primero el pensador, después los muchos popularizadores, y luego la aceptación de la idea por el político como una regla de acción política.

Comprendiendo esto, comprenderemos también que todos tres son necesarios. No debería haber cuestiones entre el político y el instructor, ninguna querella entre el político y el pensador, ninguna hostilidad mutua de descrédito, así como ninguna disputa respecto de la importancia de las funciones y deberes de cada uno. Cada uno de ellos es necesario al otro; se necesitan entre sí. El pensador es como la cabeza, y sin la cabeza el cuerpo no podría obrar; el político es como las manos, y sin las manos no habría acción, aunque el cerebro idease planes. Por tanto, deben ser amigos, no enemigos; deben ayudarse mutuamente y no hacerse la guerra. Para el pensador, el gran ideal que debe moldear el porvenir de la nación; para el instructor, la propagación del ideal, para que las mentes de los hombres puedan guiarse por él, y sus pensamientos se ajus-

ten al mismo; para el político, el poner en práctica en la legislación el gran ideal así concebido y enseñado. Este es el progreso inherente á una nación donde cada deber se cumple de un modo beneficioso y completo. Pero no debe existir confusión entre las funciones. El pensador debilita su poder si se mezcla en las luchas de los partidos políticos y en los detalles de la obra política. El pensador debe permanecer en la serena atmósfera del pensamiento, sin ser influído por los motivos inferiores que necesariamente entran en juego entre los hombres en la vida ordinaria del mundo. De otro modo, perdería la claridad de su visión; de otro modo, la atmósfera, nublada con las pasiones y las nieblas de los partidos humanos, dejará de ser transparente, y sus ojos no percibirán la esencia de la verdad. No en el polvo de las multitudes, no en el polvo levantado por las girantes ruedas de los carruajes, carros y carretas; no es allí donde buscaréis la claridad de la visión. Cuando queráis ver lejos, muy lejos, sobre la superficie del país, os retiráis á una montaña tranquila, donde el aire está claro, donde reina el silencio y no existe el conflicto; y el pensador debe estar en la montaña de la serenidad, porque de otro modo su pensamiento no estaría claro para auxiliar al hombre. Ni el instructor debe ser político, porque al instructor le corresponde poner el ideal ante los ojos de los hombres. Ningún ideal puede ponerse desde luego en completa práctica; ningún ideal puede triunfar incólume entre las luchas de una asamblea legislativa, porque allí el principio será mutilado, tiene que sujetarse á pactos, tiene que estrecharse á fin de que pueda soportar las discusiones propias del Parlamento, y obtener de todos lados los votos sin los cuales no podría tener éxito. En la política hay miles de hombres pensando de un modo diferente, y la mayoría hay que obtenerla por medio de concesiones. Supongamos que cada uno de vosotros tuviese que votar una proposición que una persona os presentase; cómo calcularía los votos, con cuánto cuidado los consideraría, cómo iría á dar con uno, luego con otro, diciéndoles: ¿queréis votar á mi favor? Y el uno contestaría: «Estoy conforme con esta parte de vuestro proyecto, pero no lo estoy con este otro punto; ¿puede usted desistir del punto en que no estamos de acuerdo, y sacar avante lo demás que estamos dispuestos á votar? Los pactos son una necesidad en la política, y no se pueden evitar. Cuando se trata de intereses encontrados y de diversas opiniones, se debe obtener aquello en que la mayoría está de acuerdo: ya sea ó no el ideal mejor, es en todo caso lo más práctico. Esto es lo que el político tiene que considerar y lo

que debe tener en cuenta; pues su misión es el mayor bienestar del mundo externo y ocuparse de cosas prácticas. Por tanto, los hombres de estado tienen necesariamente que hacer pactos, y la habilidad de los mismos consiste en saberlos hacer; para lograr el ideal que se proponen, tienen que marchar paso á paso. Por tanto, repito, que el instructor nunca debe ser un político. Debe exponer el ideal que los políticos tienen que trabajar como objetivo y mantenerse aparte, mostrando el cuadro que ha de atraer el corazón de los hombres. Este ideal estará lejano: habrá un camino abrupto entre el sitio en que se halla la gente y el lugar donde el ideal se muestra; este camino tiene que andarse: habrá un río sobre el cual será necesario echar un puente; puede haber un pantano que cruzar, puede haber un precipicio que hay que evitar, ó una pared que escalar. Esta es la obra del político: hacer que el ideal sea finalmente realizable marchando hacia él. Paso á paso tiene que obrar en la dirección debida, y el ideal debe sostenerse en alto con constancia, á fin de que la dirección final no se pierda entre los necesarios rodeos que se den. Por esto, yo, como teosofista é instructor de principios, jamás me mezclo en los detalles políticos, ni tomo parte alguna en esas luchas de los partidos que se hacen la guerra; por tanto, la Sociedad Teosófica á que pertenezco, no se presenta en el terreno de la política, sino como sostenedora de ideales para todas las naciones, para todos los partidos, para todos los hombres, sin que importe nada el sistema político ó el partido político á que pertenezcan. Supongamos por un momento que un hombre — empleando los términos ingleses de los partidos — sea un radical, otro un conservador, otro un liberal y otro un socialista; cada uno de estos hombres puede desear la felicidad humana, el progreso humano, el aumento de la prosperidad humana y el crecimiento del poder humano. Tienen un ideal común, pero caminos distintos para alcanzarlo. En la Sociedad Teosófica mantenemos en alto el ideal que debe ser su objetivo, y dejamos á cada uno que marche por su camino propio y con arreglo á su método para lograrlo, y damos la bienvenida á todos por igual, cualquiera que sea su partido. Como político, tiene que elegir su partido, pero como teosofista, sólo desea el ideal supremo, y luego trabaja por este objeto con todo el poder de su inteligencia.

Y ahora avanzaré otro paso. Algunos de entre vosotros sois políticos. ¿Cómo vais á escoger vuestras líneas de avance? ¿No os ha chocado nunca que la corriente de pensamiento en una nación, es la que se percibe en

las esperanzas, en las aspiraciones, en los vehementes deseos de la juventud? No en los hombres de edad madura sumergidos en el trabajo de la vida, no en los ancianos cuyas obras se acercan á su fin, sino en la juventud de una nación es donde está marcada la línea del crecimiento nacional, y los ideales que la conmueven son los ideales que encarnará el porvenir de la nación. Por tanto, el político de larga vista debe observar con atención qué es lo que más apasiona á la juventud de la nación. Desde luego, los jóvenes cometen á menudo tonterías, son á menudo impetuosos, son muchas veces imprudentes. No importa. El mundo apaciguará sus entusiasmos bastante pronto, y no continuarán con sus impetuosidades. Bien está si del entusiasmo de la juventud conservan vivas algunas nobles esperanzas para la edad madura, y si de la desinteresada devoción del joven queda algo que contrarreste el egoísmo del hombre de mundo que se ha endurecido con el contacto de sus semejantes. Por tanto, repito, observad la juventud, porque lo que la impulsa es un movimiento del porvenir; y si queréis legislar en líneas duraderas, ved lo que más conmueve el corazón de los jóvenes, pues en ello está la vida futura de la gente, en ello está lo que deseará.

Ahora, ocupándonos por un momento en más detalles: hay algunos puntos que los políticos tienen derecho de tratar: la vida externa de una nación. Los políticos tienen el deber de ocuparse, por ejemplo, de la contribución, de la cuantía necesaria de ésta, de los tributos con arreglo á las diferentes clases del pueblo, la forma en que tales tributos han de cobrarse, y el modo cómo deben ser aplicados; pues todo esto es obra política, y el hombre que quiera ser un político, tiene que estudiar este duro aspecto de la política, si ha de ser útil á su país. Igualmente tiene que ocuparse de la cuestión del terrateniente, las condiciones bajo las cuales debe regirse como propietario y como cultivador, la renta que debe pagar, la contribución que se le debe asignar; tiene que ocuparse de todos los asuntos referentes á la hipoteca y á la usura, lo que la ley debe y lo que no debe autorizar, de suerte que el débil no sea oprimido, y los pobres cultivadores y los miserables no se encuentren entre las garras de los prestamistas sin poderse librar de su poder. Debe ocuparse de prevenir la tiranía de las condiciones del trabajo, de las condiciones del trabajo de los niños, de las condiciones de la educación de los mismos, de modo que en este punto la conciencia fuerte de la nación sea la salvaguardia de sus hijos más débiles, y pueda impedir cualquier injusticia, pueda impedir

cualquier abuso acerca de los niños. Debe también ocuparse de las clases más débiles, protegiendo á los que perecen de hambre contra la opresión indebida de los que los emplean, abusando de su situación precaria para medirle la cuantía del jornal, sin que se les importe la dicha humana, con tal de que por su medio puedan llegar á la riqueza. Debe igualmente ocuparse de lo que la ley autoriza acerca de los contratos, cuál de éstos debe la ley hacer obligatorios, y cuáles debe desautorizar; debe ocuparse de la subordinación de cada uno al bien común, no permitiendo que hombre alguno, en el ejercicio de su libertad individual, se convierta en un peligro para sus semejantes ni una rémora para la comunidad. Debe ocuparse de la defensa del país de los ataques de afuera; debe ocuparse de la administración del orden interior, de suerte que los buenos ciudadanos puedan vivir en paz y seguridad bajo la égida del gobierno político. Debe intervenir en todos los medios de comunicación, y si hay que imponer tributos para atenderlos, por ejemplo, á fin de que se completen los ferrocarriles, éstos deben plantearse de modo que beneficien á la comunidad entera. No debiera ser posible que dentro de los límites de una nación, donde hay vías de comunicación, cuyo sostenimiento está á cargo de la misma, haya vastos almacenes de víveres en una parte del país, y miles y miles de personas que perecen de hambre en otra, sin que haya comunicación que las enlace para que el hambriento sea alimentado. Estas son las cuestiones de que el político debe ocuparse, las que está obligado á considerar, y falta á su deber siempre que no se ocupe de ellas, y exponga al gobierno del país lo que haya que hacer, á fin de que la prosperidad aumente. Dando cuerpo al asunto, estos deberes del político son los que en tiempos antiguos eran los deberes del Kshattriya, la gran casta antigua á cuyo cargo estaban todos estos deberes políticos. Este era el gran cuerpo de los antiguos tiempos que tenía este cargo en el Estado, y estaba obligado á administrarlo para el bien común.

Pero el político fracasará en todo lo que intente, fracasará en todos sus esfuerzos, á menos que tenga tras sí el pensamiento que hace permanentes los cambios que su acción determina. Es inútil hacer una ley, si resulta luego inaplicable; es inútil verificar un cambio para encontrarse en las mismas condiciones que antes, con sólo la variación de nombre; el trabajo se ha perdido, porque el pensamiento del pensador no se halla detrás. Os presentaré otra vez un ejemplo. En Inglaterra tenemos lo que se llama el *sweating* (sudar); significa que si yo, una mujer, estoy pere-

ciendo de necesidad y trato de ganar con la aguja lo suficiente para tener pan, habitación y vestido, como quiera que estoy muy hambrienta y me contento con poco, la necesidad en que me encuentro es explotada para asignárseme el pago, sin que se tenga en cuenta el valor de mi trabajo. En el Londres, que tan bien conozco, hay cientos y miles de mujeres trabajando dieciocho horas de las veinticuatro, para ganar lo estrictamente necesario para sostener la vida, siempre hambrientas, siempre sufriendo, no conociendo nunca lo que es tener lo suficiente para comer, y no sacando otra cosa de su trabajo incesante, que lo apenas suficiente para mantener unidos el alma y el cuerpo; y luego lo que han producido, obligadas por el hambre, es tomado por el explotador y se vende en las tiendas á bajo precio en su mayor parte, pero produciendo una gran ganancia, al paso que las que lo han hecho están casi pereciendo. ¡Oh! — diréis — el explotador es un miserable. ¿Estáis seguros de que toda la culpa es suya? La verdadera falta está en el corazón de los que se encuentran en bastante buena situación, que tienen bastante dinero para economizar, y que quieren comprar las cosas más baratas de lo que realmente deben venderse, y exigen las cosas á un precio que no puede producir lo necesario para la vida. La censura no debe recaer toda sobre el explotador; él es el instrumento que ejecuta el deseo de las señoras y caballeros que están bien de fortuna, pero que quieren obtener algo más de lo que dan á costa del prójimo. Mientras existan sus deseos, mientras vosotros, y yo y otros queramos aprovecharnos de las necesidades de nuestros hermanos, de nada valdrán las leyes de los políticos contra la explotación, pues ésta continuará en la sociedad, porque los hombres quieren ganar y no les importa el amor fraternal. Y de este modo es como vemos limitado al político. Él puede hacer una ley buena, pero si la gente es mala, esta ley buena es inútil. Puede hacer una mejora en la forma externa, pero si la gente es indigna de ello, los males antiguos volverán á pesar de la nueva forma. De aquí que sea necesario el *instructor*, por esto necesitamos al *pensador*, y sólo en la nación en que ambos trabajan, produciendo nobles ideales que purifiquen el corazón, sólo allí es donde los políticos obtendrán éxito y se asegurará el progreso de la nación.

ANNIE BESANT.

(Se continuará.)



LOS PITRIS LUNARES

(CONTINUACIÓN)

SEGUNDA RONDA

Con los albores de la Segunda Ronda, los Pitris del Grupo II (los que habían alcanzado por completo el Ahankâra), principian á entrar en actividad. Hasta este momento habían permanecido en reposo en un estado subjetivo, porque por razón de su mayor progreso, no habían estado sujetos á la necesidad de pasar por los reinos subhumanos en la Primera Ronda. Ellos «entran» continua y paulatinamente durante la Segunda Ronda, la cual comprende así, en su reino humano, á los Pitris de los Grupos II y III, y á aquella porción de la hueste monádica que iba detrás, pronta á surgir fuera del reino animal hacia el fin de la Primera Ronda.

En el Globo A de la Segunda Ronda, los Pitris de los Grupos II y III van á la cabeza del ciclo de evolución guiados por el Manu. Y aquí debemos dar una breve explicación del término Manu.

Como ya hemos dicho, los tipos de todo el Manvantara se forman en la mente del gran Espíritu Planetario, que es el Manu Germen de toda la cadena y que actúa también de Manu Raíz para la Primera Ronda. Pero en cada una de las demás Rondas, un Manu Germen y un Manu Raíz menores desenvuelven en detalle lo que el Manu Manvantárico había bosquejado á grandes rasgos. El Manu Germen prepara las formas arquetipas en el plano subjetivo durante el Pralaya, y el Manu Raíz las trae á la existencia objetiva en la nueva Ronda.

Hay, también, Manus cuyos deberes son el obrar de un modo semejante para cada Raza Raíz en cada planeta de la Ronda; el Mânu Germen forma el plan del progreso de los tipos que cada Raza Raíz sucesiva inaugura, y el Manu Raíz encarna realmente en la nueva Raza como jefe y maestro para dirigir el desarrollo y asegurar el progreso.

Hasta el tiempo presente, según se nos ha indicado, sólo con una ex-

cepción (á saber el Manu Raíz de nuestra presente Quinta Raza), ni aun estos Manus de Raza han pertenecido (y por supuesto los Manus de Ronda mucho menos) á nuestra humanidad, sino que han sido el producto de otros sistemas posiblemente superiores de evolución. Uno de estos sistemas, que ha provisto de Guardianes divinos á nuestra relativamente joven evolución, es la cadena de Venus antes mencionada. Esta cadena no es en verdad, según se nos ha hecho comprender, un orden de evolución superior al nuestro, sino que, estando en su Séptima Ronda, ha alcanzado, por tanto, un grado muchísimo más elevado de desarrollo que el nuestro. Parece probable, no obstante, que hemos alcanzado ahora un punto en el cual será cada vez menos necesaria la ayuda extraplanetaria, pues se dice que el Manu Raíz de la próxima Sexta Raza Raíz, será un Adepto elevado que ha alcanzado tales alturas dentro de nuestra humanidad.

Desde el plano espiritual del Globo A, de la Segunda Ronda, las dos huestes de Pitris, seguidas por los nuevamente llegados al reino humano, y por los demás reinos de la Naturaleza, pasan al Globo Astral B, al semifísico (etéreo) Globo C, y al completamente físico (denso) Globo D, la Tierra. Aquí los reinos, incluso el hombre, son todavía etéreos y gigantescos. El hombre se convierte gradualmente en un ser más físico, con un cuerpo de contextura más firme y densa, pero aún menos inteligente que espiritual, pues hay que tener presente que «la evolución de la mente es más lenta y difícil que la de la forma». Al dejar el Globo D, el ciclo de evolción pasa, en la curva ascendente de su escala en espiral, á los Globos E, F y G, y al completarse la Ronda sobreviene el Pralaya.

TERCERA RONDA

La Ronda Tercera es ahora principiada por su Manu Germen y su Manu Raíz, y prosigue su curso al través de los planetas. Cuando llega á esta tierra el hombre se hace completamente físico, con un cuerpo sólido y compacto. Tiene la semejanza del mono y es gigantesco, y más inteligente que espiritual, porque ha alcanzado el punto donde su espiritualidad primordial es sombreada y eclipsada poco á poco por la naciente mentalidad. En las últimas Razas de esta Tercera Ronda en la Tierra, su estatura gigantesca decrece, su cuerpo progresa en contextura y sus huesos se solidifican. También se convierte en un ser más racional. Hacia el fin de la Ronda, las Mónadas que han entrado en el reino humano pro-

cedentes del reino animal durante las primeras Rondas, alcanzan el Ahankâra, el procursor del Manas.

CUARTA RONDA

Al principio de la Cuarta Ronda los Pitris de los Grupos II y III continúan bajo la dirección de su Manu á la cabeza del proceso evolucionario, el cual prosigue su curso normal hasta llegar al cuarto planeta, ó sea esta tierra.

Entonces se produce un estado de cosas muy anormal.

Hay que tener presente que la tierra es ahora un cuerpo sólido bien materializado, y lo mismo puede decirse de los reinos vegetal y animal. El desarrollo hacia la mayor materialidad, en todos los reinos inclusive el humano, ha procedido ciertamente hasta este punto *pari pasu*. Pero ahora que el proceso evolucionario ha alcanzado el cuarto planeta de la cadena, en la Cuarta Ronda de los Planetas — en una palabra, el punto medio y de vuelta de todo el Mavantara — se presenta una divergencia temporal. En esta tierra es donde ha de alcanzarse el nadir de la materialización por *todos* los reinos; pero al paso que los reinos animal, vegetal y mineral prosiguen el curso normal, el humano se singulariza pasando otra vez en rápida sucesión por los diversos estados por los que en su evolución ha pasado desde el principio del Mavantara.

La Primera Raza Raíz era de fantasmas gigantescos y etéreos más espirituales que intelectuales.

La Segunda, descrita como psichiquica-espiritual internamente, y etérea-física externamente, repitió el tipo de los habitantes del mismo planeta en la Segunda Ronda.

La Tercera — los Lemures — lo mismo que sus prototipos de la Tercera Ronda, principiaron con cuerpos etéreo-físicos, pero adquirieron antes de mucho cuerpos materiales con huesos y órganos físicos.

Durante la Cuarta Raza — los Atlantes — se alcanzó el nadir de la materialización, de la cual nosotros, los Arios de la Quinta Raza, estamos saliendo lentamente.

Pero tenemos que volver ahora á tratar, con mayor detalle, del progreso de los diversos reinos durante la población de esta tierra. A fin de exponer con más claridad el asunto, los escritores han construído lo que prácticamente es un compendio tabular de la *Historia de la Creación* de

Ernesto Haeckel, con la adición de dos columnas que exponen las Razas contemporáneas de la Humanidad, y aquellos de los cataclismos conocidos de los estudiantes de lo oculto. Se verá por esto, hasta qué punto concuerdan las enseñanzas de la ciencia con las de la Cosmogonía oculta. El punto principal de divergencia es, por supuesto, la posición del Hombre en el esquema. El hecho de que la Primera y Segunda Razas Raíces habían sido respectivamente espiritual y astral, explica por qué nunca se han descubierto restos fósiles en las capas primordial y primaria; pero los geólogos están en lo cierto en atribuir los restos en ellas encontrados, á los primeros animales que habitaron esta tierra.

La superficie de la tierra se hallaba en esta época cubierta en su mayor parte de agua, pero existía la «Tierra Sagrada Imperecedera,» en el Polo Norte, así como también muchas lenguas de tierra (de entonces acá sumergidas) que se extendían desde allí en dirección del Sur.

Las mónadas de los diversos reinos hicieron su aparición en la sucesión usual, esto es, elemental, míneral, vegetal y animal. Los bosques de algas gigantescas eran, como la ciencia correctamente ha mostrado, el rasgo más saliente en el reino vegetal. Sus descendientes pueden encontrarse aun hoy en día en las profundidades del Océano Atlántico. Los animales sin cerebro primitivos de la ciencia, eran en este período el tipo prevaleciente. De ellos descendieron los peces y los reptiles; pero aquí debe observarse que los mamíferos no hicieron su aparición en la tierra hasta después que el hombre físico había evolucionado de su antecesor astral durante los primeros tiempos de la Tercera Raza.

Según dice una de las Estancias del Sagrado *Libro de Dzyan:*

Los grandes Chohanes llamaron á los Señores de la Luna, los de los Cuerpos Aéreos. «Producid hombres, hombres de vuestra naturaleza. Dadles las formas internas. Ella (la naturaleza de la tierra) les construirá envolturas externas. Machos-Hembras serán, y Señores de la Llama también.» Cada uno de ellos fué á la Tierra que se le destinó: eran Siete, cada uno en su Lote. Las siete huestes, los Señores Nacidos por la Voluntad, impulsados por el Espíritu Dador de Vida, separaron á los Hombres entre si, cada uno en su propia Zona.

PRIMERA RAZA

Según esto, parece que los Pitris de los Grupos II y III ocuparon simultáneamente siete regiones diferentes del gran continente polar que entonces constituía la superficie sólida de la tierra. Su proceso de repro-

ducción se describe como expeliendo sus chhayas (dobles etéreos) en los cuales pudiesen encarnar las Mónadas procedentes del reino animal y de las esferas subjetivas. Las sombras ó chhayas no serían apenas visibles en este plano de conciencia; eran, probablemente, del mismo grado de materialización que el flúido magnético que algunas personas pueden ver fluyendo de los polos de un imán ó de los dedos de un magnetizador. Estos cuerpos enormes y nebulosas no tenían semejanza en sus contornos con el hombre actual. Aun cuando la estancia que sigue no es por completo inteligible, algo puede saberse por ella respecto de los orígenes productores de los diversos elementos constituyentes del hombre.

El Aliento (Atmâ-Buddhi) necesitaba una Forma; los Padres se la dieron. El Aliento necesitaba un Cuerpo Grosero, la Tierra lo modeló. El Aliento necesitaba el Espíritu de Vida (Jiva); los Lhas Solares lo exhalaron en su Forma. El Aliento necesitaba un Espejo de su Cuerpo (Linga-Sarîra): «Nosotros le damos el nuestro» — dijeron los Dhyanis (Pitris). El Aliento necesitaba un Vehículo de Deseos (Kama-Rupa). «Lo tiene» — dijo el Agotador de las Aguas. Pero el Aliento necesitaba una Mente para abarcar el Universo. «No podemos dar eso» — dijeron los Padres. «Jamás la he tenido» — dijo el Espíritu de la Tierra. «La forma sería consumida si yo le diera la mía» — dijo el Gran Fuego... El Hombre permaneció un Bhuta (sombra) vacía y sin sentido... Así dieron Vida los Sin-huesos á los que se convirtieron en Hombres con huesos en la Tercera.

Cada Pitri sólo podía expeler un chhaya, el cual, en el transcurso del tiempo expelía á su vez otro. De este modo: «Siete veces siete sombras de hombres futuros nacieron... Cada una inferior á su padre.» Esto significa que al paso que los Pitris mismos eran dotados del Ahankâra, además del Kama y del Jiva, los cuales compartían con las entidades del reino animal inmediatamente inferior, las entidades que tomaban por morada los chhayas expelidos por los Pitris, eran, naturalmente, de grado inferior en la escala de la evolución. Estas entidades, á su vez, parece que expelieron chhayas para ser habitadas por otras que les eran inferiores — las que surgían posteriormente del reino animal.

A estas desigualdades desde el principio mismo pueden atribuirse los varios estados de desarrollo representados por las razas salvajes y civilizadas de hombres en la tierra hoy en día. De este asunto, sin embargo, nos ocuparemos más adelante con mayor detención.

SEGUNDA RAZA

«La Segunda Raza fué, pues, producto del brote y de la expan-

sión — los A-sexuales de los sin sexo.» Así describe el *Libro de Dzyan* el nuevo proceso de reproducción, cuya inauguración y la de los muchos desarrollos de forma y tipo que tenían lugar, estaban, por supuesto, bajo la dirección inmediata del Manu Raíz de la Raza.

Un impulso correspondiente era dado también por el Manu Germen al desarrollo espiritual, de manera que éste y la evolución física avanzasen en progreso ordenado.

Las formas nebulosas de la Primera Raza se revistieron lentamente de una envoltura más física. Según lo expresa la estancia: «Lo externo de la primera se convirtió en lo interno de la segunda.» La forma también cambió gradualmente y principió á asumir por grados los contornos rudimentarios de un hombre, lo que más adelante se desarrolló en miembros sin hueso.

Para instrucción de algunos chelas, les fué enseñada una imagen de un hombre de la Segunda Raza, la cual han descrito como una criatura inmensa, de una substancia blanda y como gelatinosa, pero no transparente. La forma era humana, pero las facciones indefinidas. La cara, si así pudiera llamarse, no tenía ojos, ni nariz, ni boca. Las piernas, aunque se parecían en la forma á las nuestras, eran inútiles para la locomoción. Cuando cualquier deseo pasajero impulsaba á moverse á este hombre primitivo, flotaba sobre la superficie de la tierra en cualquier dirección que quería. Sus sensaciones partían, aparentemente, de dos centros de fuerza, uno de los cuales se ha descrito como el tercer ojo, cuyo resto fósil es lo que ahora se conoce como la glándula pineal. El otro era un órgano primitivo que se ha convertido ahora en el bazo. Estos dos órganos parece que actuaban como los canales de sentimientos y expresión rudimentarios.

TERCERA RAZA

Con la evolución de la Tercera Raza (los Lemures) entramos en uno de los capítulos más interesantes del desarrollo del hombre. Tres puntos especiales llaman la atención. Durante este período su cuerpo sufrió los cambios físicos más grandes, y el proceso de reproducción varió por dos veces. Otro cambio aún más estupendo y transcendental hay que señalar cuando los Dhyanis Manasa descendieron á la encarnación, y dotaron á la Humanidad con la chispa del Manas. Y finalmente, en la época de este

desarrollo fué cuando la gran masa de los Pitris restantes, ó sean los del Grupo I, entraron en la corriente de evolución, aunque algunos de ellos empezaron á encarnar en los principios de la Tercera Raza, al paso que otros no lo verificaron hasta el principio de la Cuarta.

Las citas siguientes del *Libro de Dzyan* tratan de tres puntos: la evolución física, la adquisición de la mentalidad, y el descenso á la encarnación del último y más elevado Grupo de Pitris Lunares, pero en los comentarios subsiguientes trataremos estos tres puntos con el *seriatim* mayor posible.

Entonces la Segunda desarrolló al Nacido del Huevo, á la Tercera. El Sudor creció, sus Gotas crecieron, y las Gotas se endurecieron y redondearon. El Sol la calentó; la Luna la enfrió y la modeló. El viento la alimentó hasta su madurez. Desde la Estrellada Bóveda, el Cisne Blanco cobijaba la gran Gota: el Huevo de la Raza Futura, el Hombre Cisne de la Tercera ulterior. Primeramente fué macho hembra, luego hombre y mujer...

Los Hijos de la Sabiduría, los Hijos de la Noche, prontos para reencarnar, descendieron. Vieron las formas viles de la Primera Tercera. «Podemos elegir» — dijeron los Señores; — «tenemos sabiduría». Algunos entraron en los Châyâs. Otros proyectaron la Chispa. Otros lo difirieron hasta la Cuarta (Raza). De su propio Rûpa llenaron el Kâma. Los que entraron se convirtieron en Arhats. Los que sólo recibieron una Chispa, permanecieron destituídos de conocimiento (Manas): la Chispa ardía apagadamente. La Tercera permaneció sin mente. Sus Jivas no estaban preparados. Estos fueron puestos aparte entre los siete. Se volvieron de cabeza estrecha. La Tercera estaba preparada. «En éstos moraremos» —dijeron los Señores de la Llama.

¿Cómo obraron los Manasa, los Hijos de la Sabiduría? Rechazaron á los Nacidos-por sí-mismos. No están preparados. Desdeñaron á los Nacidos del Sudor. No están del todo preparados. No quisieron entrar en el primer Nacido del Huevo.

Cuando el Nacido del Sudor produjo al Nacido del Huevo, al doble, al potente, al poderoso con huesos, los Señores de la Sabiduría dijeron: «Ahora crearemos» (mentes ó Manas)...

De las gotas de sudor, del residuo de la substancia, materia de los cadáveres de hombres y animales de la Rueda anterior y del polvo desechado, fueron producidos los primeros animales.

Animales con huesos, dragones del Abismo y Sarpas voladoras, fueron añadidos á los seres que serpentean. Los que se arrastraban por el suelo adquirieron alas. Los de largo cuello en el agua fueron los progenitores de las aves en el aire.

Durante la Tercera Raza los animales sin huesos crecieron y se transformaron, se convirtieron en animales con huesos, sus Chhâyâs se solidificaron.

Los animales se separaron los primeros. Principiaron á criar. El hombre duplo se separó también. Dijo: «Hagamos lo que ellos; juntémonos y hagamos criaturas.» Así lo hicieron.

Los que carecían de Chispa, tomaron para sí enormes animales hembras. En-

gendraron con ellas razas mudas. Mudos eran ellos mismos. Pero sus lenguas se desataron. Las lenguas de su progenie permanecieron calladas. Criaron monstruos. Una raza de monstruos encorvados, cubiertos de pelo rojo, andando á gatas. Una raza muda para guardar el secreto de su vergüenza.

Viendo lo cual los Lhas que no habían construído hombres, lloraron diciendo: «Los Amanasa han manchado nuestras mansiones futuras. Esto es Karma. Habitemos en las otras. Enseñémosles mejor para evitar males mayores.» Así lo hicieron...

Entonces todos los hombres fueron dotados de Manas. Vieron el pecado de los sin mente (1).

Correspondiendo con la evolución durante la Tercera Ronda, la Tercera Raza de esta Ronda tenía que recorrer rápidamente (por supuesto en un nivel más elevado) el progreso realizado entonces. El cuerpo de esta criatura gigantesca, semejante al mono, se solidificó gradualmente, decreció en estatura y desarrolló huesos.

Aquí puede hacerse una descripción de una imagen astral de un hombre y de un animal de la Tercera Raza (vista en las mismas circunstancias que la del hombre de la Segunda Raza antes mencionada).

Parecía ser un gigante de unos doce ó quince pies. Su piel no era negra, sino castaña obscura amarillenta. Tenía la mandíbula inferior prolongada, una cara extrañamente aplastada, ojos pequeños pero penetrantes y muy separados de un modo curioso, de suerte que podía ver á los lados lo mismo que de frente. Carecía por completo de frente, y en su lugar tenía una especie de rollo de carne. La cabeza, marcadamente torcida hacia atrás y hacia arriba de un modo difícil de describir. Los brazos y piernas (especialmente los primeros) eran en proporción más largos que los nuestros, y no se podían estirar derechamente, ni de los hombros ni de las rodillas; las manos y los pies eran enormes, y los talones proyectados hacia atrás de una manera nada bella. La figura estaba revestida de una especie de manto de piel, parecida al cuero de un rinoceronte, pero más escamoso: probablemente la piel de algún animal que ahora sólo conocemos por sus restos fósiles. Otro trozo de piel estaba enrollado alrededor de la cabeza, con pequeñas borlas de brillantes colores, azul, encarnado, etc. El cabello era corto, y la parte de atrás de la cabeza completamente pelada, probablemente para conveniencia del tercer ojo. En su mano izquierda tenía un báculo aguzado del tamaño de su.

(1) Véase *La Doctrina Secreta* de H. P. Blavatsky, vol. II. Estancias VI, VII, VIII y IX.

propia estatura, y en su mano derecha estaba arrollado el extremo de una cuerda, hecha con alguna especie de planta trepadora, con la cual conducía un enorme y repugnante reptil, algo parecido al plesiosauro. Los lemures domesticaban efectivamente tales criaturas, y las enseñaban á usar su gran fuerza en ciertos objetos útiles. La apariencia de este hombre causaba sensación desagradable, pero no era incivilizado, representando el tipo medio común de una de las últimas subrazas de la Tercera Raza Raíz.

Al paso que muchas subdivisiones de la raza eran aún menos humanas que el individuo que acabamos de describir, los hombres mejores de su séptima subraza eran marcadamente superiores á él, aunque aún muy diferentes de cualquier hombre de hoy en día. Tenían hasta cierto punto el tipo prognato: los labios gruesos y pesados, la cara aplastada, ojos nada sagaces, pero habían desarrollado algo que pudiera llamarse frente, al paso que se había reducido considerablemente la curiosa proyección posterior. En verdad, había una raza rama, en la cual la cabeza hubiera podido describirse como siendo casi de la forma de un huevo, cuyo extremo más pequeño estuviese hacia arriba, y los ojos sumamente separados y muy cerca de la coronilla, al paso que la estatura había mermado perceptiblemente, y las manos, pies y miembros, por regla general, se aproximaban gradualmente á los de los negros de hoy. Esta gente desarrolló una civilización importante que duró mucho tiempo, y gobernó el continente de Lemuria durante miles de años, y hasta cuando finalmente principió el decaimiento de la raza, obtuvieron otro largo espacio de tiempo, de vida y poder por medio de una prudente mezcla con una de las primeras subrazas atlantes. Hacia el fin de este período, su apariencia había mejorado mucho, y no se diferenciaba gran cosa de la de ciertas tribus conocidas de indios americanos, excepto que su piel tenía un matiz azulado que no se ve ahora en la tierra.

(Se continuará.) A. P. SINNETT Y W. SCOTT ELLIOT

PENSAMIENTOS SUGESTIVOS DE HOMBRES NOTABLES

1. Todos tienen en su mano ser Decio, Régulo ó Guzmán, si llega el caso, y, sin embargo, hay muy pocos que, en igualdad de circunstancias, se sientan capaces de hacer lo que ellos. ¿Por qué? Porque falta carácter. ¿Y qué es el carácter? Es el resultado de muchas pruebas, de muchos esfuerzos, de muchas tentaciones; y ¿quién sabe? de muchas existencias quizá. Pues esa larga elaboración, esos grandes trabajos del cuerpo y del espíritu, todas esas vidas y otras tantas muertes han sido necesarias para formar un carácter, para producir el héroe. El mérito está en eso; en haber sufrido tanto, trabajado tanto, aprendido tanto en esta vida ó en otras, para llegar á ser Guzmán ó Régulo, Dante ó Cervantes, Milton ó Kant; es igual. Lo que el hombre vale se lo debe á sí mismo; lo ha conseguido á fuerza de dolor.

(Estanislao Sánchez Calvo: *Filosofía de lo maravilloso positivo*, cap. VII.)

2. Las cosas del mundo son siempre las mismas en sus vueltas orbiculares, de arriba á abajo de siglo en siglo. Esto supuesto, ó la mente del universo da su impulso respectivo á cada uno de los efectos — en cuyo caso acepta tú lo promovido por ella — ó de una vez dió el ímpetu general *á la naturaleza*, al cual, por consecuencia natural, se sigue todo lo demás, viniendo al cabo á formar un sistema, ó *sea una serie encadenada de sucesos*;. . . si hay algún dios, todo va bien; y si sucede todo fortuitamente, no debes tú obrar con temeridad habiendo de cubrirnos dentro de poco la tierra, la cual después se convertirá en otra cosa; y ésta, procediendo al infinito, se mudará en otra sin acabar jamás. A la verdad, el que considerare al flujo y reflujo de estas mudanzas y alteraciones, junto con su rapidez, fácilmente despreciará todo lo perecedero.

(Marco Aurelio: *Los doce libros*, L. 9, pár. XXVIII.)

3. Lo que llamo el lenguaje infantil de la religión, existe aún y existirá siempre. No sólo hay algunas de las antiguas religiones sencillas é infantiles que han sobrevivido intactas como, por ejemplo, la religión de la India, que considero como un megaterio medio-fósil, que se pasea en plena luz del siglo XIX, sino que aun en nuestra propia religión y en el lenguaje del Nuevo Testamento, hay muchas cosas cuya verdadera significación no se revela sino á los que conocen los elementos de que todo lenguaje se

compone, y que tienen, no sólo oídos para escuchar, sino también un entendimiento para comprender el verdadero sentido de las parábolas.

(MAX MÜLLER: *La ciencia de la Religión*, cap. IV.)

4. Dirigiendo una ojeada á través de los mares, desde la costa oriental de Africa, preséntase á nuestra vista de Madagascar á Hevaii una infinidad de islas que se asemejan á grandes pilares de un inmenso puente, hoy desplomado, que há poco debió unir los océanos Indico y Pacífico.

(MAX MÜLLER: *La ciencia de la Religión*, cap. II.)

5. Entre las ciencias que en ella se enseñan (1), figuran la astrología, la alkimia y la adivinación. Se estudian los «nombres talismánicos», la influencia de las estrellas y de los ángeles, y otras materias tenebrosas que han desaparecido del resto de la tierra, tal vez hasta el momento en que, bajo otra forma, despojadas de su lado maravilloso, reaparezcan triunfantes, como el «más allá» de nuestras creencias positivas.

(PIERRE LOTI, Marruecos.)

6. No hay un punto, entre las anomalías más incomprensibles del alma, que sea tan conmovedoramente excitante como el hecho — nunca creo notado en las escuelas — de que en nuestras tentativas para evocar algo, hace mucho tiempo olvidado, á menudo nos encontramos *sobre el mismo límite del recuerdo*, sin poder, al fin, recordar del todo.

(EDGAR POE: *Ligeia.*)

7. Una vez convencidos de que el pensamiento y la voluntad son fenómenos de movimiento (ayudándonos á concebirlo así la música y la pintura, sublimes movimientos reflejos, igualmente que la imitación y la sugestión hipnótica), ¿qué dificultad hallamos para comprender que siendo movimiento se transmitan á distancia?

(LOMBROSO: *El Hipnotismo.*)

8. Rara vez se observa en los casos de hipnotismo provocado, la transposición de los sentidos. Sólo dos veces logré sorprenderla en una mujer histérica... Más constante y seguramente hemos podido comprobarlo en una muchacha histérica, por seis meses seguidos, de la vista al lóbulo de la oreja, á la nariz y alguna vez á la nuca; del olfato á la barba, á la región dorsal de los pies; del gusto á la parte interna de los muslos. Así que no me cabe la menor duda acerca de este particular. Observadores superficiales, dados á compilar libros con los libros de los demás, me han vitu-

(1) Se refiere á la Universidad de Fez.

perado porque registré esta observación; pero cuando he observado durante meses un hecho, no me avergüenzo de aceptarlo...

(LOMBROSO: *El Hipnotismo.*)

9. El arte local sirve para formar núcleos; muchos grandes no serían grandes sin el calor que les prestaron los pequeños; si algún artista genial quisiera iniciarnos con franqueza en el misterio de la evolución de su espíritu, sabríamos que el primer arranque, la primera llamarada, los sintió viendo un cuadro, leyendo una poesía, oyendo una composición musical, que eran muy malos en el fondo ó muy pobres por la forma, pero que contenían eso que yo he llamado el espíritu de una ciudad ó de un país. Después de todo, nuestro espíritu es muy pequeño, y solos no podríamos casi nada. ¿Quién sabe si los genios no son más que grandes «ladrones de espíritu», seres afortunados que por azar se han puesto en un sitio donde soplaba el alma invisible, y han servido de conductores de las corrientes espirituales que brotaban de ese alma, que es el alma común de los humildes? Así hay también genios de la guerra á costa de la sangre de los que pelean, y hombres cargados de millones á costa del sudor de los que trabajan.

(GANIVET: *Granada la Bella*, VII.)

10. Es ley de Adrastea la de que todo espíritu que ha podido seguir al espíritu divino y contemplar con él alguna de las esencias, esté exento de todo mal hasta hacer un nuevo viaje; y que si su esfuerzo no se debilita, ignore siempre su sufrimiento. Pero cuando ya no puede seguir á los dioses; cuando por un funesto extravío, estando repleto del alimento impuro del vicio y del olvido, gravita y pierde sus alas, cae á la tierra, y una ley dispone que esta primera generación no anime el cuerpo de ningún animal. El espíritu que mejor ha percibido las esencias y la verdad, deberá formar un hombre que se consagre á la sabiduría, á la belleza, á las musas y al amor; y el que sólo procede del segundo rango, un rey justo ó guerrero, y poderoso; el de la tercera clase, un político, un hacendista ó un hombre de negocios; el de cuarto grado, un atleta infatigable ó un médico; el del quinto, un adivino ó un iniciado; el del sexto, un poeta ó un artista; el del séptimo, un obrero ó un labrador; el del octavo, un sofista ó un demagogo, y el del noveno, un tirano. En todos estos estados, el que practicó la justicia es llamado después de su muerte á un elevado destino, y el que la violó, cae en un estado inferior. El espíritu no puede volver á la morada de donde partió, sino después de un destierro de diez mil años, porque no recobra sus alas antes, á menos que no haya cultivado la Filosofía con un corazón sincero, ó amado á los jóvenes con un corazón sincero. Si tres veces seguidas escogió este género de vida, á la tercera revolución de mil años recobra sus alas y se vuelve á los dioses apenas transcurre el último de los tres mil años. Pero los demás espíritus sufren

un juicio después de haber vivido su primera existencia y ya juzgados; unos descienden á las entrañas de la tierra para en ellas sufrir su pena, y los otros, que obtuvieron una sentencia favorable, son arrebatados á cierto punto del cielo, donde reciben las recompensas de las virtudes que practicaron durante su vida terrestre. Mil años después, unos y otros son llamados á nueva distribución de sus condiciones, y puede escoger cada uno el género de vida que prefiere. Así, el espíritu de un hombre puede animar á una bestia salvaje, y el de ésta animar á un hombre, siempre que lo hubiere sido en una existencia anterior. El espíritu que nunca entrevió la verdad, no puede revestir la forma humana. En efecto, el hombre debe comprender lo general; es decir, elevarse de la multiplicidad de las sensaciones á la unidad racional. Mas esta facultad no es sino el recuerdo de lo que vió nuestro espíritu cuando seguía al Espíritu divino en sus evoluciones; cuando, dejando caer una desdeñosa mirada sobre lo que llamamos seres, se elevaba á la contemplación del verdadero Ser. Por eso es justo que sólo tenga alas el pensamiento del filósofo; porque siempre, en cuanto le es posible, se apega por el recuerdo á las esencias á que Dios mismo debe toda su divinidad. El hombre que sabe servirse de estas reminiscencias, está incesantemente iniciado en los misterios de la perfección infinita, y él sólo se perfecciona verdaderamente á sí mismo.

(PLATÓN: *Phedro.*)

11. *El Budha* resumió las doctrinas de la filosofía védica y sankya, y las predicó al pueblo con una doctrina nueva que traía la salud. . . . .
Sólo el panteísmo realiza los sueños más atrevidos de los místicos sin ofender á la razón; él sólo hace completamente superfluo el diálogo con Dios, que en el teísmo no es más que el expediente miserable que oculta la falta de unidad: lo hace superfluo, reduciendo la dualidad de las personas supuestas en el acto de la súplica á la pura y simple unidad que deja el diálogo muy atrás, y que puede ofrecer infinitamente más que un diálogo al sentimiento religioso. En lugar de la seudo-moral heterónoma del teísmo, el panteísmo presta á la ética una base metafísica por la cual la moral humanitaria que flota en el aire y no sabe más que invocar el buen corazón de aquellos que quieran aceptarla de buen grado, se encuentra fundada y establecida teoréticamente sin perder nada de su autonomía.

(HARTMANN: *La religión del porvenir*, cap. I.)

12. Dios no es una Inteligencia, sino la causa de que esta inteligencia exista; no es un Espíritu, sino la causa que da origen al Espíritu; no es la Luz, sino la causa de la Luz.

(*Sagrado Pymander*, L. IX, v. 64.)

V.
M. J.

PREGUNTAS Y COMENTARIOS

HASTA qué punto debe considerarse á *La Doctrina Secreta* como hija de la inspiración? — Estimamos contraproducente, á la vez que perjudicial, la tentativa realizada por algunos teosofistas, cuya instrucción es defectuosa, en orden á encomiar dicha obra, tan admirable como magnífica, juzgándola como si fuese una inspirada revelación que hubieron de dictar los venerados Maestros, exacta en todos sus detalles y en absoluto libre de errores. Cierto es que la misma encierra extraordinario número de verdades ocultas, enseñadas á H. P. B. por sus grandes Instructores, como también que, por ello, nunca serán lo bastante agradecidos sus desinteresados y laboriosos esfuerzos, tendentes á presentarlas en el mundo con toda exactitud. Es mucha verdad que, cuanto más se la estudia, más crece nuestra maravilla; al considerar lo vasto de su erudición, la solidez y claridad de los conocimientos en ella contenidos, y la sagacidad admirable de su autora respecto á penetrar el sentido interno de las verdades, obscuras al par que profundas, de que se halla matizada. Cierto es también que, repetidas veces y por excesiva humildad, apoya sus propios asertos en una multitud de citas, tomadas al acaso en el vulgo de los escritores. Es asimismo verdadero que, en algunos pasajes, se expresa con frecuencia precipitadamente y sin aliño, en tanto que en otros hace obscuras sus enseñanzas por el abuso de las digresiones. Pero, aun en lo que concierne á este punto, no debemos echar en olvido sus mismas palabras: «Séanos permitido — dice — esperar tan sólo que nuestro deseo al proceder así (esto es, el de justificar la Antigua Sabiduría) — deseo que movió á la autora en el sentido de poner incesantemente ante los ojos del lector la evidencia antigua y moderna, para corroborar con ello el Pasado arcaico y prehistórico — no será motivo suficiente para que se la tache de haber barajado de una manera lastimosa, sin orden ni concierto, los tan diversos como lejanos períodos de la historia y de la tradición.»

He aquí, ahora, el juicio que la mereció su obra capital: «Ningún teosofista que verdaderamente lo sea, desde el más ignorante al más instruído, tiene derecho á exigir la infalibilidad en cosa alguna que pueda

ser dicha, ó escribirse en materias ocultas. Lo esencial de la cuestión estriba en admitir que, por diverso modo y manera, al clasificar los principios humanos y cósmicos, además de los errores en punto al orden de su evolución, y en particular respecto á las cuestiones metafísicas, hasta aquellos que, como nosotros, pretenden enseñar á gentes menos versadas en tales asuntos, se hallan expuestos también á caer en el error. Por tal motivo se deslizaron algunos errores en *Isis sin Velo*, en el *Buddhismo Esotérico*, en el *Hombre*, en *Magia blanca y negra*, y más de uno se hallará sin duda en la obra de que venimos tratando. Dicho escollo es inevitable, si se atiende á que, para librar de todo error ó imperfección, lo mismo á un trabajo de alto vuelo que á otro de humildes pretensiones, tratándose de asuntos por tanto modo abstractos, sería absolutamente necesario que fuese escrito, desde la primera hasta la última línea, por un Gran Adepto, ya que no por un Avatar. Entonces únicamente fuera legítimo decir: «Esta es, en realidad de verdad, una obra intachable.» Pero mientras el artista sea imperfecto, ¿cómo ha de ser perfecta su obra?» —Tal es la opinión de H. P. B. concerniente á su libro. Ella fué, sin embargo, el más grande, el más poderoso y el más humilde de los Instructores que nos han sido enviados en esta época.

A. Besant.

¿Es dado esperar que hallemos después de la muerte á los seres que tanto quisimos en este mundo, aunque nos separe la diferencia de plano ó lo diverso de nuestras creencias? Sean, v. gr., dos personas: una que, creyendo firmemente en Dios, tuviese casi extinguida su fe, y otra que hubiese sido un cristiano, ó bien un teosofista: ¿deben encontrarse dichos seres, ora en el Devachán, ora allí donde vayan á parar después de la muerte, ó por el contrario, precisa para ello que aguarden su vuelta á la tierra? Es frecuente en este mundo vernos apartados de aquellas personas que son de nuestro afecto; ¿debe servirnos un hecho semejante como término de comparación para juzgar de lo que ocurre en el desconocido mas allá? Mucho se ha escrito sobre este asunto por parte de los escritores teosofistas. Tres de los manuales teosóficos: *La Muerte, ¿y depués?*, de Mrs. A. Besant; *El Plano astral* y *El Plano devachánico*, de Mr. Leadbeater, están á ello consagrados, sin hacer mención de otros más extensos y de mayor coste. Resumiendo, pues, diremos que en Kamaloka, estado por el que hemos de pasar cuando abandonemos el cuerpo físico, vuelven á encontrarse aquellos seres cuyos sentimientos y de-

seos tienen afinidad. No son, ciertamente, los términos de un credo causantes de tal separación, sino que, por el contrario, ocurre que allí donde *los pensamientos se traducen por hechos*, existirá una tendencia natural á que se establezca un estado de cosas algo semejante á lo que ha sido descrito respecto á las visiones de Mrs. Kingsford. Los que aspiren á gozar del cielo cristiano, lograrán para sí tal propósito, compartiéndole con aquellos que sienten atracción por el mismo. Esos tales se agruparán naturalmente, y con tanta más facilidad si se ven atraídos por un afecto anterior. Las circunstancias que muchas veces nos separan en el plano físico, de ningún modo existen en el plano astral; allí, lo semejante se solicita mutuamente. En el estado superior del Devachán, nuestro pensamiento es, en mayor grado todavía, un poder que nos rodea de aquellos á quienes amamos, por más que éstos se hallen viviendo aún físicamente. No experimentamos allí la sensación de haberles abandonado; están ellos donde estamos nosotros, y más completamente unificados con nosotros que lo estuvieron jamás en la tierra, ya que no son óbice para ello, los velos confusos de la carne y de la sangre. Ningún pensamiento conturbador y terrestre se inmiscuye para aminorar la dicha intensa que allí se disfruta habiendo todos ellos quedado atrás con el cuerpo. Como lo indica su mismo nombre, es aquél un estado de completa y perfecta bienaventuranza. Si para el goce de la misma deseamos hallar algo más que unos amigos, también allí será gratificado nuestro deseo: el Maestro que hubimos de venerar, el Jesús que tanto amamos, los nobles trabajos de abnegación y de caridad por nosotros realizados, la suprema belleza, cuyas obscuras vislumbres hubimos de entrever tan sólo en nuestra vida terrenal, todo, absolutamente todo, lo gozaremos en el seno inefable de nuestro Señor; estando, como estarán, nuestros poderes al nivel mismo de nuestro deseo. Y por más que se diga de tales cosas que son ilusorias, son ellas en cierto modo verdaderas, muchísimo más verdaderas, más sólidas y substanciales que cosa alguna de este mundo. Y aun cuando se afirme también (de todas esas cosas) que no son eternas, subsisten ellas, sin embargo, por tanto tiempo como el aura lo desea, hasta que nos acontece algo (ignoramos de qué modo) que es mejor todavía. ¿Es tan siquiera posible hablar de semejante cosa?

A. A. W.

Trad. del VAHAN, por M. Leroux y J. Plana.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.